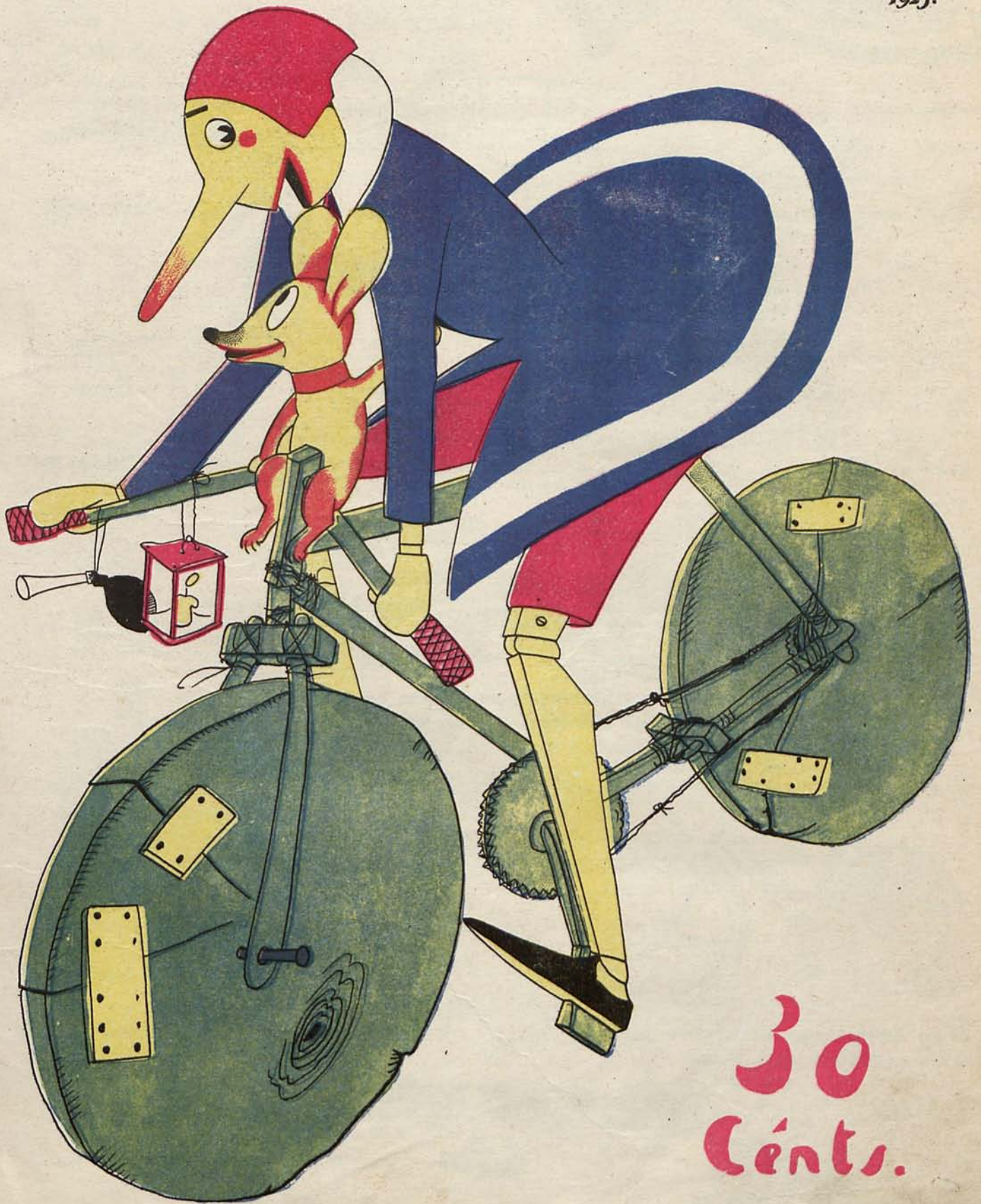


PiNOCCHIO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 6.

29. MARZO
1925.



30
Cénts.

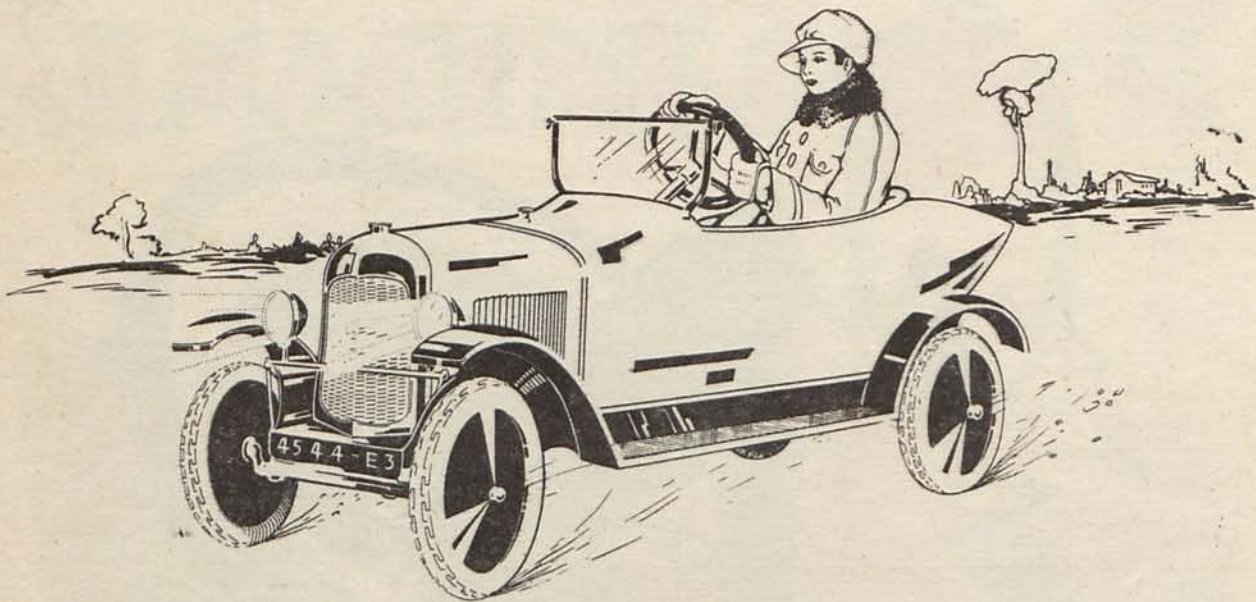
PINOCHO ES GENEROSO



Nadie, nadie dudará de la generosidad de **Pinocchio**; su generosidad es tan grande... como su nariz. Y de su cariño a todos los niños tampoco dudará nadie. Por eso, pensando en vosotros lectores de su periódico—que sois sus amigos preferidos—**Pinocchio** ha roto su hucha, ha cogido todos sus ahorros y "se ha vuelto loco" comprando preciosidades de los mejores bazares del mundo, para regalárolos.

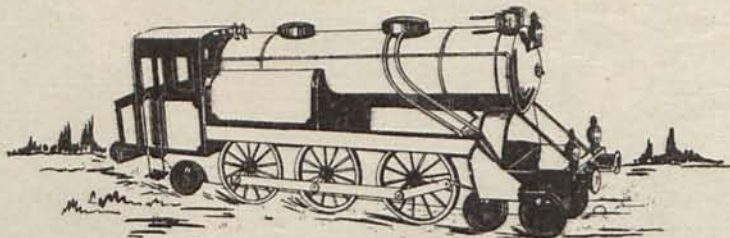
Aquí van los dibujos de los juguetes que constituyen los regalos que **Pinocchio** rifará entre sus suscritores y lectores asiduos. De todos modos estos dibujos no dan una idea exacta de lo formidables que son estos juguetes; podemos asegurarnos que en su género *no los hay mejores*.

¡A suscribirse a «**Pinocchio**» sin perder tiempo! El que no lo haga lo sentirá más tarde, cuando no tenga remedio.

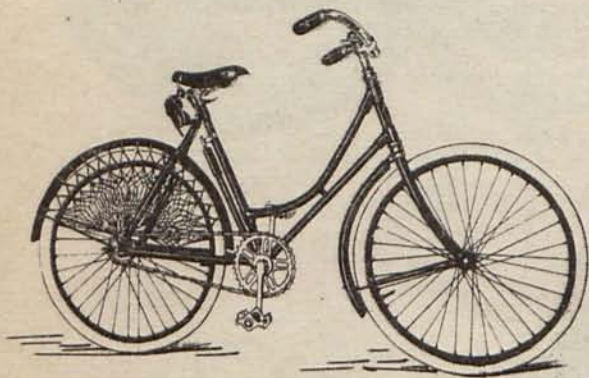


Dos colosales automóviles «Citroën»

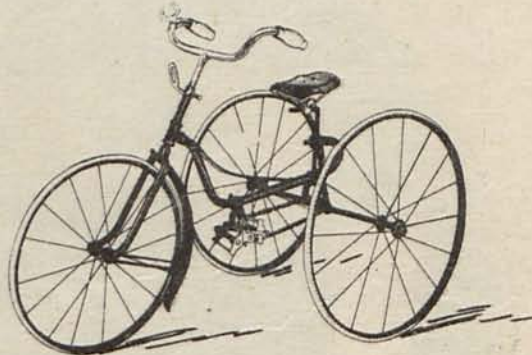
Con frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, neumáticos Michelin, «confort», bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías.



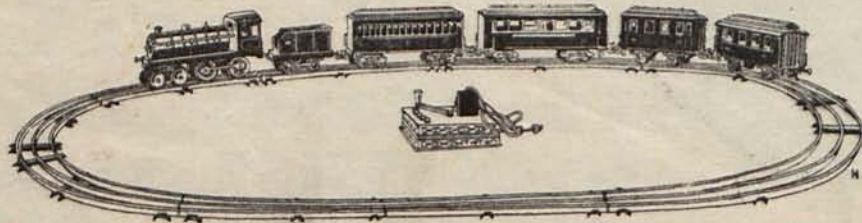
Dos formidables locomotoras con cuerda que marchan a gran velocidad.



Dos estupendas bicicletas para niño o para niña.



Tres magníficos triciclos con cadena de transmisión.



Un tren eléctrico con reostato para graduar su velocidad.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO CALLEJA" — DIR. S. BARTOLOZZI.

SAN-SEBASTIÁN.



AÑO I

NÚMERO VI

Precios de suscripción: AÑO..... 15 pesetas
SEMESTRE..... 7,75 —

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

EL DRAGON ENFERMO

La Princesa está alegre... ¿Qué tiene la Princesa para estar tan contenta, cuando sufre en prisión?... La Princesa está alegre, aun hallándose presa, porque se ha puesto enfermo su guardián el dragón.

El dragón, antes fuerte, pletórico de vida, con ojos que lanzaban llamaradas sin fin, hoy, flácido de escamas, con la cola caída, como un dragón de trapo, se tiende en el jardín.

El «gnomo» que le cuida con celo extraordinario, viendo al guardián de escamas sumido en trance tal, manda buscar a escape a un buen veterinario, que, también escamado, se acerca al animal...

—«¡A ver: saca la lengua!» —le dice con dulzura... Y entreabriendo sus fauces el dragón con desdén, saca al fin de dos horas, de entre su dentadura, una lengua muy larga y muy sucia también...



—«¡Basta ya!» —dice el sabio—. «No es raro el arrechucho que sufre este ojeroso, simpático dragón»...
«Los dragones de cuento siempre han comido mucho»...
«Lo que tiene este bicho es una indigestión!»...

—«Y ¿qué hacemos?» —pregunta el «gnomo», siempre fino, mientras el curandero responde: —«Ya lo sé; pondremos la receta: De aceite de ricino, cuatro barriles llenos, mezclados con café»...

¡Niños que vais oyendo de este cuento el relato, figuráos el gesto que pondría el dragón al oír la receta del doctor insensato que tomar le mandaba la purguita en cuestión!...

Inútil fué del «gnomo» la amable gentileza con que quiso animarle... —«Que te vas a morir»...
«Anda; te lo daremos mezclado con cerveza»...
«Total: cuatro barriles se toman sin sentir»...

«No hagas más aspavientos»... «Esta purga es muy buena, y son tus cobardías impropias de un dragón»...

«Si la tomas, te compro un chisme de galena, para que radioescuches lo que se habla en Londres.»

Al oír tal oferta, el enfermo, maltrecho, tapándose las napias, sorbió el primer barril... ¡Virgen de las Angustias, nunca lo hubiese hecho!... ¡Qué náuseas y qué arcadas sufrió el pobre reptil!

¡El vómito fué horrible!... Del vientre de la fiera las cosas más absurdas salieron en montón... ¡Calculad, lindos nenes, lo que saldrá hacia afuera cuando, en tan fiero trance, se vacía un dragón!...

¡Espadas, armaduras, caballos alazanes, estribos, lanzas, frenos y sillas de montar, y, en fin, todos los bravos intrépidos galanes que un día a la Princesa quisieron libertar!...

Entre estos caballeros, uno había, os lo juro, de años cincuenta y siete, y, viéndolo salir, dijo el doctor: —«¡Eureka: este pollo tan duro es el que no ha podido la fiera digerir!»

Como veis, en el cuento que se os cuenta hoy día en ridículo quedan el dragón y el señor... (Lo que prueba que es mala toda glotonería y que sobran los viejos en los lances de amor...)

Mientras ambos sufrían, se escapó de su torre la encantada Princesa con un lindo galán... Y ahora sigue encantada de lo libre que corre por los alegres campos do las ninfas están...

□ □ □

La Princesa está alegre, y su vida es deleite... Purgó el dragón su falta, y hoy no quiere comer... Y el reino es desde entonces una balsa de aceite (de aceite de ricino, cual podréis suponer).

LUIS DE TAPIA.



CURIOSIDADES

L A S A B E J A S

Las abejas, esos admirables insectos, prodigio de laboriosidad, os son bien conocidas. Su tamaño es algo mayor que el de las moscas, y al volar producen un ruido especial o zumbido.

Estos pequeños seres viven asociados, pues la unión es la fuerza, y mutuamente se ayudan para con el trabajo particular procurar el bien de la sociedad que forman.

Tres clases de individuos constituyen la agrupación o enjambre: la abeja *reina*, única en la sociedad y cuya misión exclusiva es poner huevecillos, que al siguiente año serán otras abejitas; las abejas obreras que realizan todos los trabajos que hay que hacer en la colectividad, y los zánganos o machos, que aseguran la perpetuidad y conservación de la especie de estos simpáticos animalitos. Así como hay sólo una *reina*, superior jerárquico del enjambre, el número de obreras es considerable, pues se remonta a cerca de 20.000, habiendo un millar, aproximadamente, de zánganos. La habitación o lugar donde reside el enjambre se llama *colmena*.

Las obreras atienden a todos los cuidados de la colmena, fabricando la cera y la miel, alimentando a los zánganos y cuidando con el mayor esmero de las crías, protegiendo, en fin, a la colmena de los ataques de sus enemigos. Para fabricar la miel salen las abejas de la colmena volando hacia lugares cercanos en que haya florecillas, a las que lamen sus jugos. Estos jugos



los pasan al llamado estómago de la miel, donde con su saliva verifican la transformación que los hace miel. Hecho ese cambio devuelven por su boca la miel y la almacenan en unas celdillas o depósitos de forma geométrica regular, que conoceréis si os digo que son prismas de seis caritas. Pero antes que la miel han de hacer la cera para construir las celdillas. Esa substancia grasa, de la que se hacen las velas y cirios, la producen almacenando un exceso de miel en un depósito especial que poseen en el interior de su cuerpo, y que sale luego al exterior en forma de un sudor por la panza o barriguita de las abejas.

Cuando, instaladas en la colmena, comienzan a trabajar, lo primero que las ocupa es la fabricación de los llamados panales, que, para que os deis cabal cuenta de cómo son, podéis suponerlos como un ladrillo. Estos ladrillos de cera o panales los cuelgan del techo de la colmena, quedando en posición vertical, a plomo.

En los panales hacen los agujeros que hemos llamado celdillas, y donde se contiene la miel.

El hombre construye colmenas artificiales, donde anidan las abejas vecinas. La cera y la miel son muy apreciadas y base de negocios lucrativos. Ama a las abejitas.



¿CÓMO Y POR QUÉ HACE SU TELA LA ARAÑA?

No voy a describiros una araña porque estoy seguro que todos habréis visto alguna. Tampoco os hablaré de las que no hacen telarañas; por ahora no nos interesa. Pero entre las mismas que las hacen hay gran variedad de especies y cada cual la teje a su manera. Hay telarañas como una sábana tupida; otras están tejidas en forma de tubo, y otras suelen adoptar la forma de una rueda con sus radios, y una espiral que los cruza varias veces, como os indicamos en el dibujo.

La araña llamada *epeira diadema*, muy conocida por su color pardo amarillento, salpicado de crucecitas blancas, es una de las que las hacen así. Fijémonos, pues, en ella, ya que representa la doble ventaja de ser muy conocida y trabajar con suma perfección.

Vive indistintamente en las casas, en los jardines o en el campo, y hace su telaraña siempre en un plano vertical. Escoge el sitio adecuado a sus fines, con preferencia los matorrales, y en poco más de una hora termina su tarea, difícil y complicada. Su trabajo consta de tres partes: levanta primero el andamiaje, traza luego los radios y, por fin, remata su obra con una espiral.

Y ahora se me ocurre una cosa que también se os habrá ocurrido a vosotros. ¿De dónde saca tanto hilo para hacer la tela? Esto es, precisamente, lo que menos trabajo le cuesta, porque tiene escondida en su cuerpo una fábrica que lo produce al por mayor. Posee en la parte posterior de su abdomen unas glándulas que segregan un líquido espeso y pegajoso que al ponerse en contacto con el aire se endurece, y que ella convierte en hilos finísimos, pero resistentes.

Para levantar el andamiaje pega el extremo de un hilo en una hoja o en la pared, según el sitio, y lo suelta. El viento o ella misma se encargan de pegar el otro extremo en otra hoja. Y así va tendiendo una serie de hilos dispuestos, irregularmente, que forman el andamiaje. Hecho esto se dedica a construir los radios.

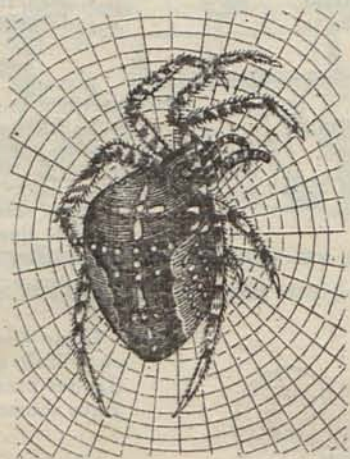
Se coloca en el sitio más elevado del andamio y suelta un hilo finísimo y lo va alargando, alargando, hasta que lo cruza diametralmente. Se desliza por este hilo, y sin necesidad de compás mide con mucha exactitud su mitad. Allí pega un montoncito de

seda, que será el centro del que han de partir todos los radios. Se coloca en él y va trazándolos en todas direcciones hasta las hojas cercanas. Terminada esta tarea, ya sólo le falta la espiral. Esta la forma un hilo que parte de dicho centro, y le va dando vueltas, alejándose siempre, hasta que llega a los bordes. Sujeta este hilo en cada uno de los radios, y así la tela ofrece mayor resistencia. Después de esto, suprime el andamiaje, corrige los hilos averiados, sustituye algunos demasiado fuertes por otros más flexibles, y la tarea ha terminado.

Ahora bien. ¿Por qué hace la araña su tela? ¿Para darnos una muestra de su habilidad y dejarnos asombrados, o tan sólo para divertirse y pasar el rato?

Nada de eso. La telaraña es su campo de operaciones. Es una red destinada a la caza de insectos, porque todas las arañas viven de la caza. Las que no usan red, la tarántula, por ejemplo, al encontrarse con su presa, la caza a la carrera, saltando sobre ella. Pero la mayor parte se valen de la red. Algunas se colocan en el centro y esperan a que algún insecto, una mosca o una mariposa, por ejemplo, se enrede entre los hilos. Cuando llega este caso, se acercan a su presa y se dedican a sorberle la sangre y demás jugos; nunca se la comen. Si el insecto es demasiado grande y más potente que ellas, tienden hilos a su alrededor, le envuelven en ellos hasta que le tienen prisionero, y le inutilizan con un veneno que segrega su boca. Unas permanecen sobre la tela sólo por la noche y al atardecer; otras, durante todo el día.

Hay arañas que, además de esta red de caza, tienen otra destinada a su habitación. Las dos telas comunican entre sí por medio de algunos hilos, y cuando algún insecto queda atrapado en la red cazadora, la trepidación que produce se propaga a la otra y anuncia a la araña la presencia de la presa. Las hay también que se mantienen escondidas cerca de la telaraña, comunicándose con ella mediante un hilo, que conservan atado en sus patas; el menor vaivén de la red mueve su pata y le hace salir de su escondite.



Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con

JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)

y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con

JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)

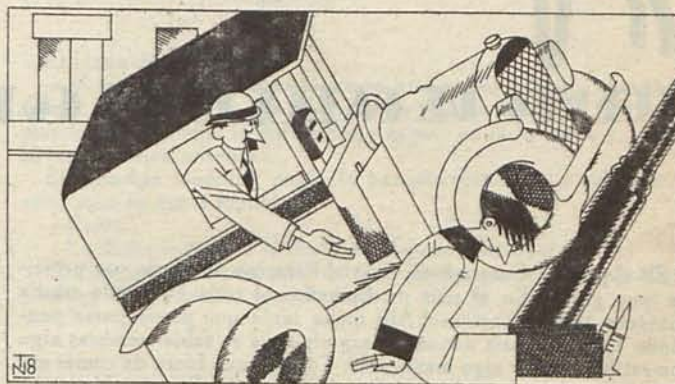
porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. - SAN SEBASTIAN

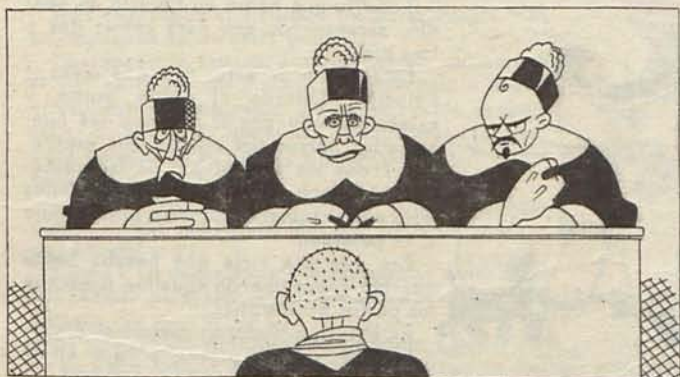
CHISTES



—¿Cuántos años tiene usted?
 —No m'acuerdo.
 —¿Pero se acordará en qué año nació?
 —¡Ridiez! ¿Como quiere usted que m'acuerde, si era mu chiquitín?



—Oiga, chofer, se ha equivocado usted; yo le he dicho calle Mayor, núm. 15.



—¿Cómo se llama usted?
 —¿Que cómo me llamo? ¡Como se conoce que usía es nuevo! ¡Si a mí me conocen ya todos los jueces!



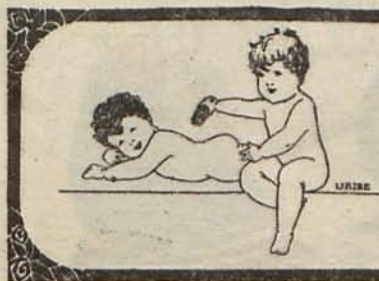
—Oiga usted, señora: Ahí detrás de la caseta hay un señor que nos ha dicho si era usted la ballena que pescaron el otro día.



—Eres muy malo, y te voy a dar una paliza.
 —Ya podrás, papá. ¡Como sabes que no puedo devolvértela!



—Si sois buenos y aplicados durante la semana, el sábado os llevo a que me veáis sacar el billete para los toros.



POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER

son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISEPTICOS CALBER

son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE-HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.

EL PRINCIPE MEDORDO GORDO



CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

I

En el país de *Cómetelo-tú* vivía el Príncipe Medordo, un príncipe muy gordo. En el país de *Cómetelo-tú* todo el mundo estaba contento: ¡era un portentoso! Allí nadie tenía que preocuparse pensando lo que habría de hacer para vivir; ya se sabía: sembrar algo comestible o criar algo masticable. Todo lo que fuera de comer era de segura venta; bastaba llevarlo al Palacio del Príncipe Medordo, el gordo, gordo, y se lo compraban en el acto. El Príncipe Medordo se comía todo lo que le llevaran y más.

—¡Traedme algo de comer, por Dios!—decía el Príncipe Medordo.—¡Siquiera un pisco-labis. ¡Hace tanto tiempo que no pruebo bocado...!

Y en seguida se presentaba el Ministro del Interior, del Interior del Estómago del Príncipe Medordo, don Tizón de los Peroles y de la Espumadera, Marqués de Cienfuentes, Conde-Duque del Pimentón y de la Sobreasada, Barón de Salsaspesa, Comendador de la Orden de la Espetera, Gran Cruz de la Ilustre Fregona y de la Orden Moscovita de la Ensalada, Académico de la Lengua y de la Dentadura, Príncipe honorario de la Institución Come-y-calla y Vicepresidente efectivo de la Sociedad *Los Diez al plato*.

Este señor era el encargado de llenar la panza al Príncipe Medordo y formar el Menú para las comidas de su Príncipe. Su sistema era enérgico y sabio: en cuanto el Príncipe Medordo, el gordo, gordo, gemía: «¡Un pisco-labis...! Traedme un pisco-labis...», el Ministro del Interior se volvía a los cocineros y gritaba: ¡A ver... lo que haya...!

Estaban las cocinas en un Castillo inmenso, grandioso, todo él fogón, con una chimenea en cada almena; un Castillo asentado en lo alto de una colina para que no llegara al Príncipe Medordo el tufillo de los guisos, porque si llegaba, se le abría más al apetito; y por la puerta del Castillo glorioso, el Castillo de «lo verás pero no lo catarás» salían en procesión los cien miembros del *Cordon Bleu*, llevando cada uno una fuente para que fuera el Príncipe Medordo entreteniéndose en comistrajear mientras llegaba la hora del almuerzo.

II

A veces se acababa el dinero en Palacio; entonces llamaban al Ministro de la Economía, que era el único que sabía el procedimiento de no hacer economías, o sea precisamente lo que le hacía falta al Príncipe Medordo, que gastaba en gordo, en gordo... El Ministro de la Economía, don Luis —un Luis de oro— don Luis Mónis y Más, abría un empréstito, o sea: pedía prestado a todos los del país todo el dinero que tenían. «Dadme ese dinero —les decía—, porque si no, no tendremos dinero para compraros las cosas de comer que nos traigais». Y ellos daban el dinero, porque pensaban: «¡Qué más da! Mañana volveremos a tenerlo otra vez, porque nos lo volverán a dar en cuanto vendamos la cosecha...»

—Dándole el dinero al Príncipe, el Príncipe os podrá seguir comprando todo como siempre, y si no se lo dais, no. Es un procedimiento que he inventado yo para que el Príncipe pueda seguir comprando todo, y vosotros vendiéndolo.

—¡Magnífico!—contestaban los del país de *Cómetelo-tú*.—¡Qué talento tiene! ¡Si no fuera por él, nos arruinábamos! ¡Qué talento, qué talento! ¡Es un portentoso!

¡Y todo el mundo tan contento!

Pero el apetito del gran Príncipe Medordo, tan grande como gordo, crecía cada vez más. A cada momento se quejaba, y era necesario remediarle:

—¡Me teneis sin comer!—decía.

Y era necesario traerle un buey entero, asado al horno; un horno que había construido el Ministro Maritornes, y que parecía la fábrica del Gas.

—¡Cuánto tiempo hace que no como!—decía lastimero.

Y era preciso traerle una ruleta con huevos escalfados.

—¡Siquiera un pisco-labis!—suplicaba.

Y le servían una ración de longaniza, enrollada en unos carretes como esos de los cables de la luz.

—¡No tengo con esto para un diente!—contestaba.

Y por más que le servían cada arroz que parecían plazas de toros

con toreros y todo, el Príncipe Medordo, gordo, gordo, se quedaba con el estómago vacío, y exclamaba a los dos minutos:

—¡Si me diérais cualquier cosilla de comer!... ¡Para ir abriendo boca!

Y era, sin duda, efectivamente, para eso; porque no cesaba de abrirla.

III

Pero llegó el conflicto gordo del Príncipe Medordo, el gordo, gordo.

Los del pueblo no pudieron darse tanta prisa a producir cosas de comer como el Príncipe a comérselas. Entonces el Príncipe se gastó el dinero en encargar al extranjero unas cuantas gruesas de cubiertos, y como se los zampó todos para desayunar el día que llegaron, se encontraron de pronto un día con que ni el pueblo tenía comestibles ni el Príncipe dinero.

Todo lo que había en Palacio se vendió; sacaron con eso para comer dos o tres días.

Estaba uno de estos días a la mesa el Príncipe Medordo, el gordo, gordo, y estaba tirando por la ventana los huesos a los perros del pueblo, que esperaban todos los días al pie de las ventanas de Palacio, cuando se oyó que todos ellos comenzaban a ladrar y a gruñir como si se peleaban.

Era que una vieja que pasaba había querido coger uno de aquellos huesos, y los perros protestaban.

El Príncipe Medordo mandó al diablo a la vieja y a los perros, porque no le gustaba que le interrumpiesen cuando comía.

Pero entonces la vieja se convirtió, de pronto, en un hada bellísima: era el Hada de las Comilonas y Meriendas; las mejillas color de manzana, los ojos color de ciruela, los dientes de almendra, los labios de fresa, el cabello de ángel y la carne de membrillo.

—¡Eres un tragón miserable!—le dijo entonces el Hada—. He venido solamente para ver hasta dónde podía llegar tu glotonería egoísta, y darte el castigo que mereces.

Y levantando en alto una varita mágica, una caña de azúcar, que llevaba en la mano, dijo con voz profética:

Comerás, comerás,
hasta que digas: «¡ya no más!».

El Príncipe Medordo soltó una carcajada de hombre gordo, porque se le figuró que el Hada estaba de broma, y que sólo estando de broma podría nadie esperar que él dijera nunca: «¡ya no más!», tratándose de comida.

IV

Efectivamente, a los dos días, cuando estaban todos los Ministros reunidos con su Príncipe en Consejo para decirle que ya no les quedaba ni una miga, oyeron unos golpecitos a la puerta y una voz que decía: «¿Se puede?».

Abrieron la puerta y...

Uno tras otro, en fila, como en una procesión, fueron entrando: un buey asado al rescoldo, diez carneros a la parrilla, veinticuatro salmonetes al horno, cuarenta y tres sartas de riñones, y cincuenta y siete cosas más, por este orden; al final, como una gran carroza, una tarta de bizcocho que parecía un Monumento a las Naciones, a todas las Naciones, y, rodeándola, mil postres: como bayaderas,





los flanes, con sus danzas orientales, y al final una multitud de peladillas, como tropel de chicos que cerraran el cortejo entre brincos de contento y algazara.

El Príncipe, satisfechísimo, exclamó: «¡No lo decía yo!» Y todo se lo zampó.

En los días sucesivos ocurrió otro tanto: cada vez que el Príncipe gemía:

—Oigan, ¡tengo un apetito!... ¡No como desde qué se yo cuándo!... Si hubiera por ahí cualquier cosilla...

Aparecía la procesión, y el otro se la zampaba.

Pero, ¡ay!, el Príncipe

Medordo se fué poniendo cada vez más gordo. El no hacía caso, y comía. Con lo cual la gordura creció.

Y un día... ¡ay, un día! Se fue a poner los pantalones y ¡nada!, no cabía...

No cabía en las zapatillas, no cabía en la camisa, no cabía en el pellejo...

—Pero, ¿qué me pasa?

—Que ha engordado S. M.

Fue a mirarse en el espejo, y no pudo; no cabía en el espejo.

Sintió un sudor de angustia. Quiso salir al aire y... no cabía por la puerta. Tuvo el Ministro de los Tejados que destapar el Palacio para que pudiera salir por arriba.

Y desde entonces... Desde entonces el Príncipe Medordo se fue poniendo sin cesar más gordo.

Ayunó. Como si no.

Solo comía ensalada. Como si nada.

Se puso a plan de verdura. Seguía la gordura.

Más engordaba el Príncipe Medordo cuanto más se empeñaba en no estar gordo.

Los chicos le temían; los grandes se metían con él y él no podía ver a nadie, ni perseguir a nadie, ni explicarle nada a nadie, porque en cuanto se acercaba a cualquier persona, desaparecía la persona debajo de la panza, y ya no sabía dónde estaba.

Llegó a tener una hola tan enorme por barriga, que ya no vio del mundo más que las nubes y algunos campanarios.

Llegó a no caber en la Tierra, porque nublaba el Sol cuando se acercaba a cualquier pueblo, y le echaban de todas partes.

Se tiró al mar, desesperado, decidido a poner fin a su vida. Pero no se pudo ahogar porque flotó; flotó como un enorme transatlántico...

V

Llevaba tres días en el mar y se sintió tan solo, que lloró. Quiso estar con los hombres; quiso ser un hombre como otro cualquiera; tener que trabajar como cualquiera para comer lo que cualquiera y poder adelgazar como cualquiera...

En esto vio que pasaba por la orilla una caravana inmensa, interminable, de hombres, mujeres, niños.

Los llamó; no le escucharon. Imploró; no le oyeron. Los siguió de lejos todo el día, y vio que llegaban por la noche a una llanura inmensa y que acampaban.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

Ellos no le contestaron; pero una voz a su espalda dijo estas palabras: «Son los que no tienen que comer».

Se volvió el Príncipe Medordo, a punto ya de reventar de gordo, y se encontró con el Hada de las Meriendas.

—¿Los que no tienen que comer? —preguntó sorprendido el Príncipe Medordo.

No comprendía bien.

—Pero, ¿cómo es eso? ¿No tienen ganas de comer?

—Como ganas... lo que se dice ganas, sí; pero como si no las tuvieran.

—¿Tienen ganas de comer y no tienen qué comer!...

—El Príncipe Medordo se asombraba. Nunca había sospechado que pudiera ocurrir eso. Los Ministros del Príncipe Medordo eran

unos ministros que sólo habían pensado en taparle siempre la boca al Príncipe Medordo en cuanto el Príncipe abría la boca, y no había pensado que pudiera ocurrir a nadie otra cosa. Luego, cuando se fue por esos mundos, dejando a sus ministros, como no podía ver nada más allá de su panza, no se enteró nunca de lo que les pasaba a los otros.

El Príncipe Medordo, sudando la gota gorda, tan gorda como él era gordo, se quedó con los ojos muy abiertos contemplando al Rey de los Pobres, que rodeado de todos los pobres del Reino de los Pobres, dormían en el suelo, soñando que comían chuletas por docenas y longanizas por kilómetros.

—¡Hola!, Príncipe Medordo, cada vez más y más gordo —le dijo el Hada entonces—, ¿quieres comer más?

Y el Príncipe lloró de rodillas:

—Perdón, por Dios, ¡ya no más!

El Hada dijo entonces:

—Si quieres ser perdonado, coge esta cesta, vete por el mundo, recoge en ella todo lo que se desperdicia, todo lo que se tira por el mundo sin que nadie lo aproveche y échalo en la banasta, y cuando la tengas llena, entonces...

El Príncipe Medordo cogió la banasta dispuesto a obedecer, y vió... ¡que no tenía fondo!...

—Pero...

—Lo dicho —replicó el Hada sin dejarle continuar.

El Príncipe Medordo, que quieras que no, gordo, bajó la cabeza y se fue con su cestita por el mundo.

VI

Pasó un día y otro día, un mes y otro mes pasó... El Príncipe se desesperaba ¡el infeliz!; pero seguía recogiendo todo tal y como le habían mandado.

Al año, cuando estaba ya desesperado, apareció el Hada de las Comilonas y Meriendas, y tocando a la cesta con su varita mágica, la cerró por abajo. Entonces el Príncipe Medordo pudo llenar por fin la canasta.

Cuando la cesta estuvo llena, le mandó el Hada que la volcase en el Palacio del Rey de los Pobres. La volcó, y se volvió a llenar; la volvió a volcar, y se volvió a llenar de nuevo.

Así estuvo tres meses: soltando sin cesar lo que se desperdicia y se tira sin que nadie en el mundo lo aproveche. Y al cabo de los tres meses se sintió de pronto ligero, sin peso, como si fuera una pluma, como si fuera un jilguerillo...

Se miró en el agua y se vió como todo el mundo, libre de su carne como si se hubiera quitado de encima el peso de todo aquello que había ido volcando de la cesta.

El Príncipe Medordo, que ya por fin no estaba gordo, abrazó al Rey de los Pobres y besó la túnica del Hada.

Esta le dió su bendición, y el Príncipe, por fin, volvió a su reino.

—¿Qué quiere comer S. M.? —preguntó el Ministro del Interior— ¿Tiburones salteados? ¿Dromedarios? ¿Paquidermos?

—¡Alto allá! —contestó el Príncipe Medordo, que ya no estaba gordo— ¡No comeré nada, ni ganas! En esta casa, desde hoy en adelante, cuando pasen rábanos, ¡compradlos! Eso comeremos... y ¡basta!

MANUEL ABRIL.



Camera y Pathe-Baby

EL CINE DE FAMILIA
A PLAZOS Y AL CONTADO
PELIGROS, 14 Y 16 MADRID



Ayuntamiento de Madrid

EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA

POR E. SALGARI

(Continuación.)

—No es momento oportuno para tenerla. Echaré mano del hombre, ya que no se trata de un oso. Suerte que ha encontrado este refugio; pero que no piense en irsenos de las manos.

Levantó de nuevo la linterna y dirigió el haz de luz hacia el agujero. El pino, como tantos otros de sus compañeros, se había abierto cerca de su base en una brecha atroz, devorado por la carcoma, que poco a poco llega a vaciar casi por completo esos grandes vegetales. Delante de la enorme grieta se extendía una masa cenagosa que despedía un penetrante olor a resina.

—¡Por la taberna de los Treinta Cuernos de Bisonte...! —susurró el sempiterno charlatán—. El amigo se ha buscado un soberbio refugio contra la lluvia y el frío. Pero no le durará mucho esta fortuna, porque ya estamos aquí nosotros.

Se adelantó algunos pasos, y junto a la grieta gritó:

—¡Eh! ¿Ese señor que huye sin dar las buenas noches a los habitantes del fortín, quiere hacernos el obsequio de enseñar el hocico?

Silencio absoluto.

—Entonces vamos a tener que ponerlos la mano encima —continuó Cabeza de Piedra—. Pero os advierto que estamos armados hasta los dientes y que no nos asusta un cuerpo a cuerpo al arma blanca. ¿Reponderéis ahora?

El violentísimo ruido de la lluvia le respondió. En el interior del pino ningún sonido repercutió que se asemejase a la voz humana.

—¡Cabeza de Piedra! —dijo Petifoque—. ¿Si nos habremos llevado un chasco...?

—No, porque la caza que buscamos está ahí dentro.

—Entonces estará tomando café, ya que tú aseguras que se trata, en efecto, de un hombre.

—Es que tiene miedo.

Una voz ronca, furiosa, resonó en la concavidad del pino:

—¿Miedo yo?

—¡Ah, bergante! ¿Por fin te decides a abrir la boca? Pero oye, Petifoque, ¿no te parece haber oído esa voz antes de ahora?

—Claro que sí; en la barca —repuso el joven marinero—. El que perseguimos debe ser uno de los tres canadienses. Acuérdate de que uno de ellos hablaba un poco con la nariz.

—¡Con mil diablos...! ¡Ya sé entonces con quien nos las vamos a haber!

—Con Jor, el lugarteniente de Davis, ¿no es eso?

—Precisamente, Petifoque. Es una captura importante, que nos explicará una porción de cosas. Señor Jor, ¿habéis acabado de tomar vuestro café?

—¡Idos al infierno...! —repuso el canadiense—. Contad con que también yo estoy armado y no me dejaré coger tan fácilmente como pensáis.

—¿Con pistolas, carabinas, machetes de abordaje y hachas?

—¡Basta, maestre Cabeza de Piedra!

—¡Ah, me reconocéis al fin! ¿Queréis tomaros la molestia de salir?

—No; me encuentro muy bien aquí dentro.

—Tienes razón que te sobra, bribón. Aquí fuera llueve a cántaros.

—Buscáos otro refugio. En esta selva abundan los pinos carcomidos. Y, además, aquí no hay sitio para vos.

Cabeza de Piedra dirigió por segunda vez la luz hacia el fondo del desgarrón y pudo ver el hueco de una amplia caverna leñosa, cubierta toda ella de polvo de resina y capaz de albergar veinte hombres.

—¡Apagad esa luz —rugió el canadiense—; me hace daño en los ojos!

—Ya se acostumbrarán. ¿Te decides a salir?

—No, y me defenderé; tened cuidado.

Es que somos dos.

—Aunque fuéreis cuatro, me resistiría.

—¡Fanfarria...! Tu voz nasal es ya temblona, lo cual es un indicio feo para un hombre que ha de medir sus armas con gente resuelta como nosotros.

—Probad a entrar, si sois atrevidos...

—¡A mí, Petifoque...! Este bergante nos quiere asustar.

—Y, además nos calamos hasta los huesos —añadió el joven marinero—. No para de llover.

—Pronto estaremos a cubierto.

El viejo bretón saltó por encima de los montones de polvo de madera carcomida y penetró en la caverna con el hacha en alto.

En medio de la pieza, bastante amplia, estaba uno de los tres canadienses de la barca, armado con su hacha.

Era un hombretón alto y robusto, con el rostro casi escondido bajo una espesísima barba roja, y ojos negrísimo que despedían relámpagos amenazadores.

—Buenos días, señor Jor —dijo el viejo bretón con su acostumbrado tonillo irónico—. No tenéis idea de lo que me alegro volveros a ver. Pero hubiese preferido encontrar en lugar vuestro a Davis. ¿Podéis,

acaso darme alguna noticia de él.

—¡No sé nada de Davis! —dijo el canadiense, que se había apoyado en la pared para no ser sorprendido por la espalda—. No lo he vuelto a ver.

—¿De modo que no sabéis si es vivo o muerto?

—Cuando ví que la barca iba a estrellarse en los arrecifes, me arrojé al agua. Davis quedó allí con mis otros dos compañeros.

—¿Así que no sabes que la barca se ha incendiado bajo nuestros pies y que en ella habían preparado una especie de mina?

—No estaba ya en la barca. Tenía que salvar ante todo el pellejo, y no vacilé en tirarme al lago.

—Pero habrás visto cómo voló.

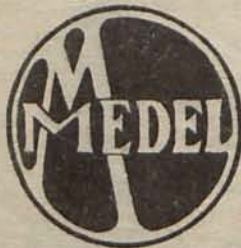
—He visto una llamarada grande seguida de un estruendo fortísimo; pero no he podido precisar si era vuestra barca que estallaba o si se trataba de algún buque inglés.

—¡Naturalmente; aquí van a estar los navíos ingleses pisándose los talones!

—Ya los veréis dentro de algunas horas quizás, y os diré además que no podréis llegar a Ticonderoga.

—¿Por qué?

—Porque todos los comandantes ingleses han recibido orden de capturaros, vivo o muerto.



Gran Variedad en
JUGUETES

GRAN VIA 18

EXTENSO SURTIDO EN **COCHES DE NIÑO**

Ayuntamiento de Madrid

—¿Cómo lo sabes?
 —Me lo ha dicho Davis.
 —Sois unos redomados pillos —dijo el bretón—. Canadienses, es decir, franceses que os habéis dejado corromper por las guineas inglesas.
 —Jamás he tenido en mis manos una moneda de oro inglesa. Davis era el que se entendía con ellos, y si se ha vendido, habrá sacado ventaja para él solo.
 —¿A quién vas a contar esos cuentos? ¿A nosotros? Somos demasiado listos para creer semejantes tonterías.
 —Me importa un bledo —repuso el canadiense—. ¿Queréis saber más? Pues entonces idos al diablo y dejadme en paz. En el incendio de la barca no he tomado parte; por lo tanto, no tenéis por qué guardarme rencor.
 ¿Y la rebelión? Todos juntos habéis tratado de asesinarlos, canallas —dijo Cabeza de Piedra.
 —Eso sí que no. Se trataba de desembarazarnos de vos sin daros muerte.
 —Entonces, ¿los disparos que nos ha hecho Davis eran pura broma?
 —Yo no soy Davis —respondió el canadiense—. A mí no me habréis visto hacer fuego.
 —No habéis hecho fuego porque vuestros fusiles estaban mojados.
 —Con todo, hubiéramos podido intentarlo.

—Eso no se le dice a un maestro de cañón. ¡Davis, Davis; todo lo ha hecho Davis! ¿Y vosotros no sabíais nada de sus intenciones?
 —Hablaba poco y no era amigo de hacer confidencias.
 —¿Quién ha pagado a Davis?
 —¡Ah, yo no lo sé!
 —Apostaría algo a que lo sé yo.
 —Decidlo.
 —El marqués de Halifax, hermanoastro del barón Sir Mac Lellan.

—¿Quiénes son esos señores?
 —¡Cuerpo de una pipa rota! En toda América se sabe ya de memoria el odio que se profesan los dos hermanos por causa de una miss rubia: Mary de Wentwort.
 —Nada sé.
 —¿No has oído tampoco hablar de *La Tonante*, la nave corsaria de las Bermudas, que con sus piezas de gran calibre decidió la rendición de Boston a los americanos?
 —Sí, vagamente.
 —Total, que no sabes nada tú, que siendo el lugarteniente de Davis, tienes que saber muchas cosas. ¡Siguenos!

—¿Adónde? —preguntó el canadiense levantando el hacha.
 —Al almacén del traficante, que ya conoces porque antes de refugiarte aquí has estado escondido detrás de las cubas y de los rollos de pieles.
 —No sé dónde está ese traficante. No he estado nunca en esta playa hasta ahora.
 —¡Pero si hemos seguido tus huellas hasta aquí mismo...!
 —Habréis soñado.
 —¿Tratas de burlarte?
 El canadiense se encogió de hombros y lanzó a Cabeza de Piedra una mirada feroz, inyectada en sangre.
 —Pregúntaselo a mi compañero —dijo el viejo bretón.
 —Sí; vos, antes de encontrar este refugio, estabais escondido en el depósito del traficante, del señor Riberac —confirmó Petifoque.
 —De seguro habéis bebido demasiado y vuestra vista os traiciona —repuso el canadiense resoplando.
 —¿Cómo sabes tú, amigo, que hemos vaciado algunas botellas de ginebra mientras nos secábamos al fuego? —preguntó Cabeza de Piedra.
 —Lo supongo; porque no he visto nada.

—Pues yo creo, por el contrario, que tú conoces a ese misterioso tratante.
 —Jamás le vi ni le he oído nombrar.
 —¡Mientes, desvergonzadamente, canalla!... Tú conocías la existencia de ese almacén, puesto que te has refugiado en él.
 —¡Historias! —dijo el canadiense, encogiéndose de hombros con rabia.
 Levantó su hacha y rugió ferozmente:
 —¡Hacedme paso u os mato!
 —¿Serás capaz?
 —¡Defendedos, porque os atacaré!
 —¡Si no hace falta!
 Cabeza de Piedra se había lanzado como una centella sobre el bandido, estrechándolo con fuerza y derribándolo al punto; ya en el suelo, quitó el hacha.
 —Ya te lo dije que saldrías perdiendo al batirte con dos marineros que manejan mejor el hacha que la carabina.
 —¡Dámela y verás como os hago pedazos...! —rugió el canadiense, a quien Petifoque tenía sujeto en el suelo.
 —Debisteis hacerlo antes —repuso Cabeza de Piedra, sacando de uno de sus doce bolsillos un buen cabo de bramante alquitranado.
 —¡Me habéis sorprendido!
 —Siempre hacemos igual, nosotros los corsarios. Si esperásemos los golpes del enemigo cruzados de brazos, no existiría ya ninguno de nuestra especie.

—¿Y qué vais a hacer ahora de mí? —preguntó con voz ronca el canadiense, tratando de desasirse bajo la opresión vigorosa del joven marinero.
 —Ahora vendrás con nosotros a beber una botella de ginebra en el fortín del señor Riberac, mientras nos secamos ante un buen fuego.
 —¿No me mataréis?
 —¿Nos has tomado por Pielas Rojas?

—No me fio de nadie.
 —Basta la palabra de un bretón para tranquilizarse. Trae acá las manos.
 —¿También me queréis atar?
 —Cuando lleguemos al almacén te soltaremos.

Os doy mi palabra de honor de que no trataré de huir.
 —¡También los bandidos tienen honor! —dijo irónicamente Cabeza de Piedra—. ¡Qué extravagantes!...
 —¿Acabaréis? —rugió el canadiense—. Yo no he sido nunca corsario.

—¡Eh, buen hombre! ¡Los corsarios tienen honor, pues combaten por la libertad de los pueblos oprimidos, y, sobre todo, son leales! ¿No quieres que te atemos las manos? Sea como quieras; pero habrás de ir delante de nosotros.
 —Si no sé dónde está ese almacén...
 —Ya te lo indicaremos.

Dicho esto, cogió el hacha del canadiense y la lanzó contra la pared del árbol, con tal fuerza, que enterró en ella casi completamente la hoja.
 —Desafío a cualquiera a que la arranque de ahí —dijo—. Vamos, Jor, no te amilanes. Ahora estás preso; pero no abandono la esperanza de que algún día caiga en mis manos también Davis. Dentro de una hora o cosa así amanecerá, y como los indios se han puesto ya en guerra, no conviene que nos vean por esta selva. Tú que eres canadiense sabes cuán crueles son los hurones y los algonquinos y los otros que forman parte de las cinco naciones del lago.

—Lo sé —refunfuñó Jor levantándose rápidamente—. Prefero ser vuestro prisionero a caer en las garras de esas fieras, que no perdonan a nadie y mandan al otro mundo a sus desgraciadas víctimas entre los suplicios más atroces.

(Continuará en el número próximo.)





BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO

CAPITAL PTAS. 50.000.000 RESERVAS PTAS 20.757.452

DOMICILIO SOCIAL CALLE DE ALCALA 14 MADRID

CAJA DE AHORROS

SE ADMITEN IMPOSICIONES HASTA UN LIMITE DE 10.000 PESETAS ABONARDOSE EN LA ACTUALIDAD INTERESES A 4 POR 100 ANUAL

TODO TITULAR DE UNA CARTILLA CON SALDO MÍNIMO DE 25 PESETAS TENDRA DERECHO AL DISFRUTE GRATUITO DE UNA HUCHA DE AHORRO, QUE DEBERA DEVOLVER AL LIQUIDAR LA CUENTA O AL REDUCIR EL SALDO A MENOS DE LAS REFERIDAS 25 PESETAS



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



-ENSEÑAME A COSER, CURRINCHE. TENGO MUCHA ROPA QUE REPASAR

CON MUCHO GUSTO

-HAGA U. LO MISMO QUE YO. ¿UE?

-SI. COMPRENDIDO

-ES MUY FACIL

-ESTO ES COSER Y CANTAR

-PERO, VAMONOS, DON TURULATO. SI NO LLEGAREMOS TARDE AL BAILE DE LA MARQUESA DEL ESTOFADO.

-PUES, TIENES RAZON, CURRINCHE, SE ME HABIA OLVIDADO

-VAMOS A DAR EL GOLPE ESTA TARDE

-BAILA U. MUY BIEN

-¡PCH!...! REGULAR NADA MAS

CUIDADO QUE TENGO UN CALLO EN EL IZQUIERDO

-¡ATIZA! ¡EL CAL-CETÍN!

-¿NO DA U. VUELTAS?

VOY A QUITARSELO

-¿QUE SI DOY VUELTAS? MAS QUE UNA DEVA NADERA

RRR
RRR
RRR

Kito

AIEIUYAS DEL PERRO TRAGON



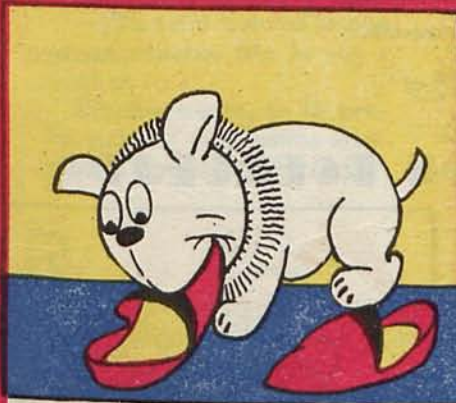
El arquitecto Agapito
tiene un perro muy bonito.



Y lo lleva a pasear,
al cine y a merendar.



El perro no está contento
porque siempre se halla hambriento.



Y todo lo que veía
al punto se lo comía.



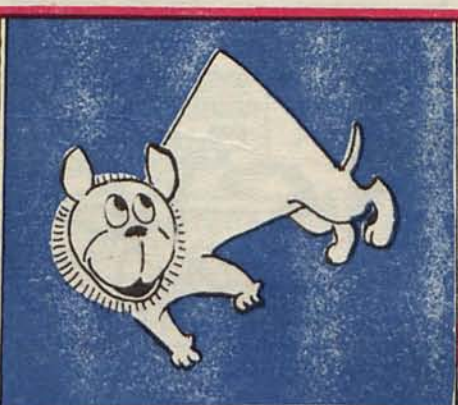
De una manera ladina
se bebió la tinta china.



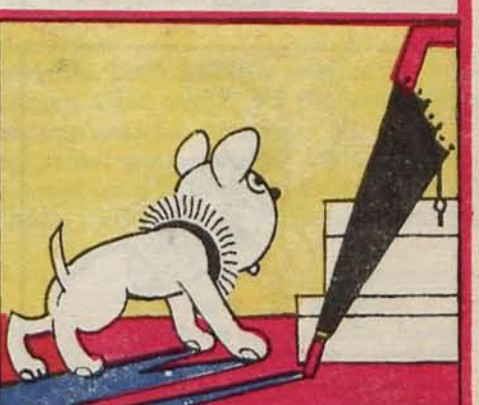
Y se ennegreció, el muy bruto,
como si fuera de luto.



Otro día, el muy tragón,
se merendó el cartabón.



Y quedó de estrafalario
lo mismo que un dromedario.



Al fin, si saber qué hacer,
de todo quiso comer.



Y comió, sin vacilar,
una goma de borrar.



Conforme la iba tragando
el perro se iba borrando.



Y se borró, al fin y al cabo,
no quedando más que el rabo.

López Rubio

¿SABÉIS POR QUÉ...?

DIVULGACION CIENTÍFICA

¿SABÉIS POR QUÉ ANDA EL TREN?

Los vagones de un tren son arrastrados por la locomotora; y todos vosotros, inteligentes y observadores amiguitos, os habréis preguntado: ¿Qué hace la máquina? ¿Dónde está la fuerza de la locomotora para mover a todo el convoy?

En el hogar de la caldera arde el carbón, y esta combustión, o sea el fuego, origina gran cantidad de calor, que hace hervir o cocer el agua contenida en la caldera; mas el agua, al hervir, forma el vapor, ese *humo* blanco que habéis visto salir de un puchero puesto al fuego.

Ese vapor pasa a los cilindros, que seguramente habrán llamado vuestra atención, y que se hallan situados a uno y otro lado de la base de la caldera, casi al nivel de las ruedas sobre que se apoya la poderosa locomotora.

En esos cilindros empuja el vapor a unos discos llamados pistones, los que, por efecto de ese choque, se mueven en toda la longitud del cilindro, primero en un sentido y luego en el opuesto.

El disco que va y viene dentro del cilindro está unido fuertemente por su centro y atravesado en todo su espesor por una varilla que, por

intermedio de otras dos piezas llamadas biela y manivela, transmite su efecto o empuje a una de las ruedas de la máquina.

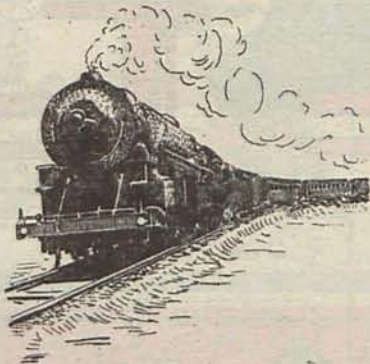
Esta rueda se pone en movimiento dando vueltas y haciendo con ello andar al tren.

Por lo que os digo habréis comprendido que el calor producido al quemarse el carbón, y que ha hecho cocer el agua, ha sido la causa de la marcha del tren, ya que el vapor al empujar a los pistones y ponerlos en movimiento ha realizado un trabajo hecho a expensas del calor recibido por dicho vapor.

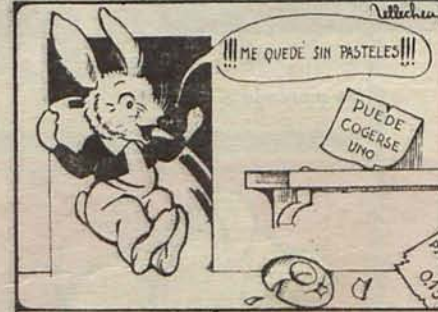
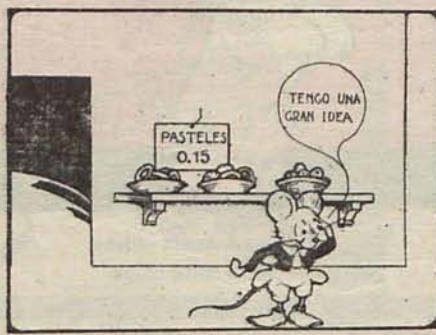
Pero no es esto sólo. Habréis visto también que el tren no anda, como los coches y los automóviles, por la tierra, sino que lo hace por unas barras de acero llamadas railes.

Estas barras permiten que la máquina y los vagones se deslicen por ellas y adquieran grandes velocidades, pues de lo contrario, dado su enorme peso y la forma de sus ruedas, se clavarían en la tierra y no sería posible ponerlos en movimiento.

ARCONTE.



TRAVESURAS DEL RATON DON ROQUEJO



LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER 16 MADRID

Gran surtido en CUENTOS
y libros para niños y toda
clase de lecturas morales

HISTORIAS DE ANIMALES

LA PIEL DEL LEÓN

(FÁBULA)

Ali era un perro que acompañaba a las caravanas del desierto. No estaba contento de su suerte porque era el último mono en todas partes, y patada que se perdía, patada que se llevaba *Ali*, aunque no tuviera culpa de nada.

Aquello no era posible. O las cosas se arreglaban, o *Ali* tomaba una determinación seria.

Hasta que la tomó.

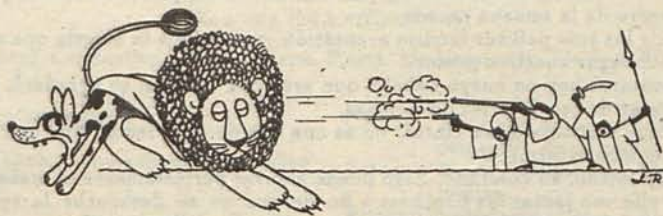
—Esto no puede seguir así. Me dan poco de comer y no gano más que golpes. ¡Y luego dicen que el hombre es el mejor amigo del perro! Claro es que esto me pasa, me sucede por ser perro y pequeño. Conmigo se atreve todo el mundo. Si yo fuera un tigre, ya sería otra cosa. La gente me temería en vez de pegarme, y yo podría hacer cuanto me viniera en gana.

Dicho esto a media noche, abandonó la caravana y se internó en el desierto.

Y quiso la suerte que, de buenas a primeras, se encontrase con una piel de león.

—¡Ya está! Esto es lo que yo necesitaba. Me la voy a probar.

Efectivamente, se la probó y, fuera de algunos arreglos y algunas costuras, pa-



recía hecha a la medida. Después se pasó la noche ensayando a rugir, hasta que lo hizo de un modo pasable.

—Ahora que ya parezco un león voy a asustar a los de la caravana. Así me vengaré de lo que me han fastidiado siempre.

Amanecía, y un primer rayo de sol iluminaba la caravana. Un berebere vigilaba junto a una tienda de campaña.

¡Aquel berebere era uno de sus más enconados enemigos!

Se acercó y rugió. Un temblor agitó la caravana. El vigía llevaba una escopeta y, apresuradamente, disparó.

Ali dió un bote en el aire, con la bala dentro, y después estiró las cuatro patas.

Antes, dijo así:

—¡Soy un idiota! Como perro me pegaban, se contentaban con eso; pero como león la emprenden conmigo a tiros, y esto no tiene remedio. Es preferible ser perro a ser león. Nunca lo hubiera sido.

En efecto, cuando se curó de sus heridas, volvió a ser perro resignado y le fue mejor.

MORALEJA: *No te vistas nunca de lo que no eres, como no sea en Carnaval.*

EL LOBO Y LA OVEJITA

(OTRA FÁBULA)

El lobo salió una mañana de paseo. Era un lobo recién salido del Instituto y, por lo tanto, sin ninguna experiencia de la vida.

La mañana era excelente, y el lobo se sentía feliz con la vida. Hasta entonces le habían alimentado sus papás. De ahora en adelante tendría que valerse de su esfuerzo. Esto le preocupaba un poco.

Vió venir una ovejita blanca, algodonosa, como una mano que se está lavando con jabón.

—¿Qué debo hacer? —se preguntó el lobo—. Nunca me he encontrado con una ovejita. Además no tengo ganas de comer encima del desayuno; pero, según los consejos de mi padre, siempre que vea a una ovejita debo acercarme a ella, engañarla y comérmela.

El padre del lobo le había dicho eso y otros muchos consejos sabios de gran utilidad para los lobos. Entre ellos, el de huir de los cepos y de las niñas con caperuza roja, pues son dos cosas con las que se suele acabar mal.

Se acercó a la ovejita y la saludó finamente:

—Buenos días, ovejita.

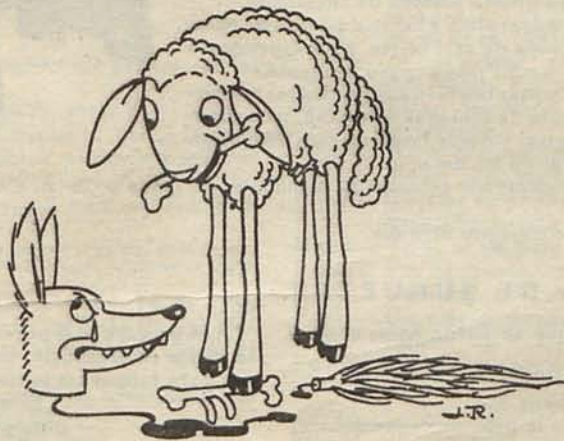
—Buenos días, señor lobo

—le contestó la ovejita.

El lobo se quedó un poco perplejo.

—¿Cómo sabes que soy el lobo?

Como comprenderéis, si la oveja sabía que él era el lobo, desconfiaría.



—¿Y cómo sabe usted que yo soy la ovejita?

Aquella contestación acabó de desconcertarle, y desde entonces no dió pie con bola.

—Lo mejor será que me la coma de una vez —pensó—. No se me ocurre nada para engañarla.

Efectivamente; sin más conversación, hizo ¡ham!, y dió una dentellada a la pobre ovejita. En seguida notó el lobo cómo se le había llenado la boca de pelos. Era un pedazo de la piel de la ovejita que le había arrancado con los dientes.

—Es desagradable, pero hay que tragársela. Todos los lobos se comen a las ovejas sin protestas. Nunca pensé que fuera una cosa tan molesta.

Se tragó los pelos; pero cuando éstos llegaron a la garganta, le arañaron y le hicieron toser. Estuvo tosiendo media hora. La ovejita le miraba con sus ojos tiernos.

Se ponía muy malo, cada vez más malo. Se mareaba y tosía como un condenado. La ovejita le daba con la pezuña en la espalda.

—¡Cálmese, señor Lobo!

Cuando acabó de toser estaba medio muerto, débil, sudoroso. Entonces la ovejita se lo comió sin la menor dificultad, y no dejó más que la cola para plumero de su redil.

MORALEJA: *Cuando los lobos son tontos, se los comen las ovejitas.*



Muñecas Pagés

Trajes para Niños

PERRITO XAUDARÓ

Pelíeros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid

Ayuntamiento de Madrid



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MODISTA

Ante todo he de dar las gracias a las cariñosas lectorcitas que me han escrito para felicitarme por el babero que os presenté en el número de la semana pasada.

Ya presumía yo que mi babero de los tres pollitos tendría aceptación, y no sabéis la alegría que me da comprobar lo bien que acierto a halagar vuestros gustos.

Además, esto me anima a presentaros hoy un nuevo babero que creo que también os agrada, ya que se parece bastante a aquél, a pesar de tener varias diferencias.

Por ejemplo, en éste, el cuello que sustituye a las cintas, no es una tira de tela recta, sino que se le da algo de forma, matando los ángulos exteriores.

Va esta vez ribeteado a punto de festón, en colorado. Esto puede ahorrrar perfectamente el trabajo de hacer un dobladillo. Basta para ello con juntar las puntadas a fin de que no se deshilache la tela.

El mar proceloso va bordado en algodón perlé azul a punto de cordón. Tres líneas ondulantes serán de un efecto magnífico, y tan exacto que con mirarlo solamente se marea uno.

En cuanto al pez, habitante de estas profundidades submarinas, pueden hacerse las escamas rojas, a punto de cadeneta, y lo demás verde, a punto lanzado.

Este bordado verde ha de cuajar enteramente la cola y la cabeza; en esta última se deja un redondel vacío, en el centro del cual un lunar negro simula el ojo, con un punto blanco en medio —este punto puede ser un nudo— para dar a la mirada toda la languidez propia de los señores besugos.

¡Ah!, se me olvidaba: no busquéis el nombre de este pez ni en los diccionarios ni en los tratados de Zoología; a lo mejor no lo encontráis, y ni el mismo juez supremo en esta materia y en todas, el gran PINOCHO, en su sección de *Curiosidades*, os lo sabría indicar.



PIRULA, MUEBLISTA

A lo mejor, la vista de las dos figuras adjuntas os ha hecho suponer que se trata de muebles raros y costosos y habéis suspirado: «¡Quién los tuviera!», sin envidia, claro está, puesto que sois incapaces de tener el feo sentimiento, pero sí con mucha admiración.

Pues bien, nada más fácil que poseer estos dos mueblecitos; de sobra sabéis que yo no os presento nunca nada que os incite a un deseo imposible o, al menos, difícil de satisfacer.

El sillón de jardín, de una fabricación tan sencilla que no requiere indicación alguna, va luego pintado de verde, y los puntos rojos que le dan tanta originalidad no son sino clavos de cabeza gruesa pintada de encarnado.

En cuanto a la segunda figura, es una vulgarísima y baratísima silla de enca. Solamente que no lo parece: va barnizada de azul fuerte, y sus caprichosos dibujitos están hechos con blanco y con barniz japonés negro, brillante.

Con una paciencia minuciosa podéis pintar también sillitas de esas microscópicas, cuyo coste es ínfimo, y que después de pintadas ofrecerán, para vuestra casa de muñecas, un aspecto muy lujoso, y desde luego mucho más original que las más lindas sillerías compradas en los bazares.

Para los niños comodones a quienes les agrada sentarse en blando —¿y a quien no?— puede colocarse sobre el asiento un cojín plano que....

Pero de esto de los cojines ya nos ocuparemos otro día.



PIRULA, FABRICANTE DE JUGUETES

—¿Vosotros tenéis una idea de lo que se puede hacer con las nueces?

—¡Naturalmente! ¡Comérselas!

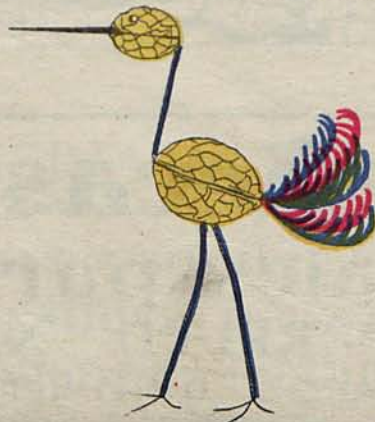
—¡Ay, qué gracia! Claro que se las puede comer; pero eso es lo de menos, aunque sea lo primero que se os haya ocurrido, como buenos golosos... que somos todos.

Yo no me refería a la sabrosa fruta de nogal, sino a su cáscara; esta cáscara áspera y feúcha que tantas veces habéis tirado después de cascarla y vaciarla, y cuyo contenido debéis respetar esta vez en bien de una diversión imprevista.

Entre otras muchas cosas que pueden hacerse con las nueces está la de pintarlas con purpurina o envolverlas con papel dorado o plateado, con lo cual se consigue un adorno, y no de los menos lucidos, para los árboles de Noel.

Pero las Navidades están lejos todavía; de aquí a entonces os voy a dar el medio de transformar las nueces en... avestruces.

Nada más fácil: se cojen dos nueces: una grande y otra chica.



A la primera se le pegan con cola unos alambres retorcidos como se indica en el modelo. Estos alambres se separan en la parte inferior para formar las patas.

El alambre superior forma el cuello y une la nuez grande, o sea el cuerpo, a la nuez chica, o sea la cabeza. ¡Y ya está!

Queda el pico, que puede hacerse con un mondadientes pintado de negro y afilado en la punta.

Por último, el magnífico manojo de plumas que forma la cola, lo fabricaremos desvalijando un plumero de los de limpiar el polvo.

Cuando esté terminada nuestro hermoso avestruz, ¿qué os queréis apostar que a mamá le entran ganas de quitarle las plumas para adornarse un sombrero?

Pero este avestruz tiene que cumplir una alta misión: la de constituir una de las más preciadas joyas del «Museo de juguetes», de fabricación personal, que no tardaréis en organizar, gracias a mí... y a la buena maña que os daís para llevar mis consejos a la práctica.



EL TEATRO DE PINOCHO

EL CUENTO DE LA BUENA PIPA

COMEDIA INFANTIL, EN TRES CUADROS

por MAGDA DONATO

PERSONAJES: Paquito (Pototo), Consuelito (Chelín), Papá, Mamá, Mademoiselle, Tío Juan (Tito Pufu), La buena pipa.

CUADRO PRIMERO

En el cuarto de juguetes, Pototo y Chelín, sentados en sendas butaquitas, ante una mesita baja, juegan a las damas.

CHELÍN. Triunfante. ¡Dama!

POTOTO. Refunfuñando. ¡Qué gracia! Siempre me habrás hecho alguna trampa.

CHELÍN. Indignada. ¡Ya sabes que no! El tramposo lo serás tú. Pototo mueve una ficha y Chelín lanza un grito de alegría. ¡Te la sopió! Tenías que haber comido.

POTOTO. Furioso. ¡Claro! Me distraes a posta. Quieres mover otra ficha, pero Chelín le detiene. ¡Oye, tú!, soplar no es jugar. Me toca a mí.

POTOTO. ¡Eso sí que no!

CHELÍN. ¡Vaya, que sí!

POTOTO. ¡No quiero, y no quiero! ¡Toma y toma! De un manotazo hace saltar el tablero, y las fichas caen por los suelos.

CHELÍN. Llorando. ¡Malol! ¡Eso es porque veías que yo te ganaba! ¡Pues ahora se lo digo a Mademoiselle! Llamando. ¡Mademoiselle! ¡Mademoiselle!

POTOTO. ¡Te guardarás muy bien! Quiere teparle la boca; Chelín, grita; ruido de mil diablos.

MADemoisELLE. Acudiendo al ruido. ¿Qué pasa?

POTOTO. ¡Que Chelín me hace trampas!

CHELÍN. ¡No es verdad! ¡Es él!

Mlle. ¡Oh! Señor Paquito, usted es siempre poco galante con las damas.

POTOTO. Alónito. ¿Con qué damas? ¿Con las del juego?

Mlle. No, con su hermana, la señorita Consuelito, que es también una dama pequeña. Cambiando de tono. Y yo venía a anunciar la visita del señor hermano del señor papá, el señor Guan.

CHELÍN Y POTOTO. A una, muy contentos. ¡Ay, que bien! ¡Ha venido el tito Pufu!

Entra tío Juan, llamado tito Pufu, y que merece el apodo, pues es muy gordo. El niño, encargado de este papel hará bien en colocarse un par de almohadones sobre el vientre y... detrás.

TITO. ¡Hola, sobrinos! ¡Qué alto estás, Pototo! Ya se sabe: «Mala hierba...» ¡Vaya si está hermosa Doña Chelín! Con un poco más de sopa que comas, en nada de tiempo te pones tan gorda como yo.

Los abraza alegremente; luego se sienta, saca de su bolsillo una enorme pipa, que representa una cábcica horrible, y fuma.

CHELÍN. Tío Pufu, déjame que te saque la raya de la calva con el peinecillo de mi muñeca Anastasia.

TITO. Riendo y defendiéndose. Quita, diablillo, que me haces cosquillas.

POTOTO. Sentándose a sus pies. Tío Pufu, cuéntenos un cuento.

CHELÍN. ¡Sí, sí; un cuento, un cuento!

TITO. ¡Pero si ya los conocéis todos! Vaya, ¿queréis que os cuente el cuento de la buena pipa?

POTOTO Y CHELÍN. A una. No, no; ése no.

TITO. Si yo no os digo que me digáis que si ni que no; os pregunto si queréis que os cuente el cuento de la buena pipa.

POTOTO. Con mal humor. ¡Ea! Ya nos estás haciendo rabiar.

TITO. Si yo no te digo eso; os pregunto si queréis que os cuente el cuento de la buena pipa.

CHELÍN. Tapándose los oídos y riendo. ¡Nos quieres embromar, tito Pufu!

POTOTO. Haciendo un mohín de disgusto. Pues yo no estoy para bromas.

TITO. Nada de ese os digo. Os pregunto solamente si queréis que os cuente el cuento de la buena pipa.

POTOTO. ¡Que no quiero, ea! ¡Y no quiero! ¡y no quiero!

Haciendo el mito va a sentarse a un lado, volviendo la espalda. Entran papá y mamá.

PAPÁ. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa? ¿Por qué pone Pototo esa cara de mal genio?

POTOTO. Refunfuñando. Porque no tengo otra.

Mlle. Es un descarado muy malo, y para merendar no merece comer gató.

POTOTO. Furioso. ¡Yo qué voy a comer gató!

CHELÍN. ¡Bobo! Si es que en francés gató quiere decir pastel.

POTOTO. ¡Déjame en paz!

PAPÁ. Este niño se está volviendo insoportable.

MAMÁ. Yo no sé de dónde está sacando ese genio.

PAPÁ. Por de pronto, hoy no viene al «cine» con nosotros.

TITO. Perdónale por esta vez...

PAPÁ. De ningún modo; necesita un castigo para quitarle esos humos.

POTOTO. Cada vez más grosero. ¡Como no me importa el «cine»!...

(Continuará en el número próximo.)

APARATOS Y DISCOS

Odeon

A PLAZOS

Y AL CONTADO

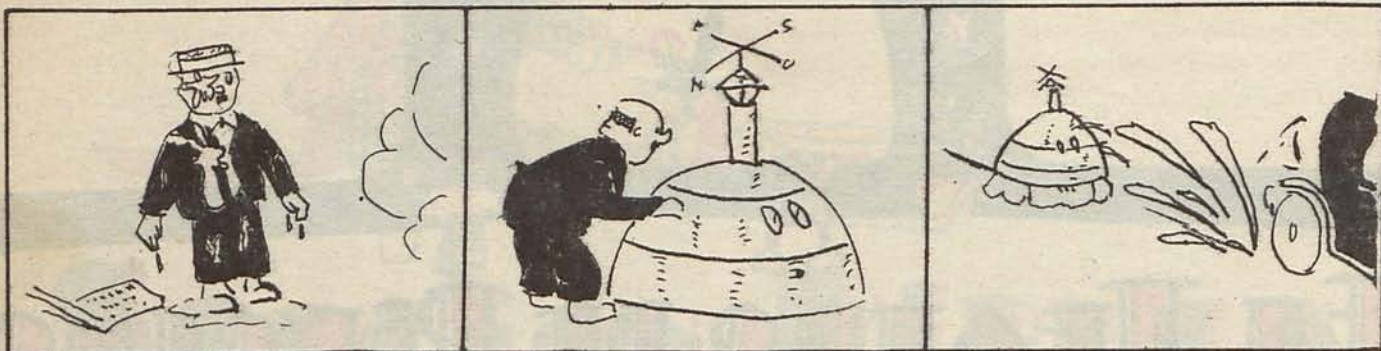
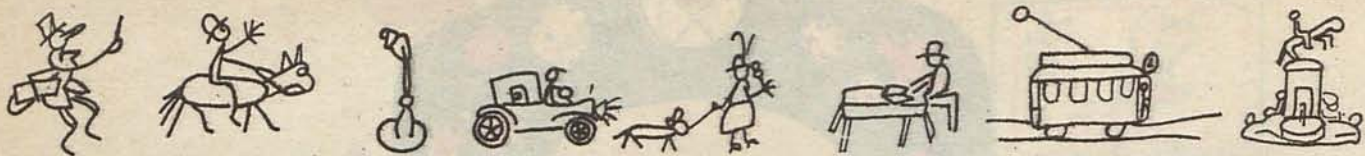
Preciados 1
Peligros 14



Madrid

Ayuntamiento de Madrid

COLABORACION INFANTIL



Don Torcuato es el rigor de las desdichas. Siempre que sale a la calle, le llenan de barro los automóviles.

Pero se inventa un aparato.....

que metiéndose dentro, le pone a cubierto de toda salpicadura.

JOSÉ GUTIÉRREZ.
Diez años. Oviedo.

C U E N T O



En un reino cuyo nombre no recuerdo existía un enorme y terrible dragón, el cual constituía la ruina del pueblo.

A cambio de su desaparición durante un año, le tenían que dar una doncella. Y si al cabo del año, no le entregaban otra, devastaba todo el reino.

Nadie osaba ir a pelear con el odioso enemigo, el cual seguía comiéndose a las lindas muchachas.

Algunos se sintieron valerosos y se pusieron frente al dragón; pero al momento quedaron convertidos en piedra.

Llegó para las doncellas el triste día en que una de ellas iba a ser sacrificada.

Pero he aquí que la Princesa Ester, la hija del Rey, se siente heroína y dice que ella es la que tiene que ir a sacrificarse.

De nada sirven súplicas, lloros y amenazas. La Princesita se había empeñado y no había quien la hiciese cambiar de parecer. Entonces la única solución que los sabios encontraron fué el mandar un heraldo que proclamase el siguiente pregón:

El Rey Pandolfo II hace saber que el que mate al dragón se casará con Ester y obtendrá gran galardón.



Muchos fueron los que se presentaron y muchos los que perecieron.

Pero cuando más desesperados estaban, presentóse un extranjero, que pidió ir solo, sin más armas que un saco.

Todos le tomaron por loco. Pero él, con el saco debajo del brazo, salió arrogante entre la multitud asombrada.

Al verse frente al dragón, que echaba chispas por los ojos, se quedó clavado en el suelo. Pero sin miedo alguno abrió el saco y lo introdujo en la cabeza de la fiera, lo ató y esperó...

El dragón empezó a forcegear; pero con el aliento que despedía iba inflando el saco, que pronto pareció un globo, que empezó a ascender majestuosamente.

Ya os podéis figurar la alegría del pueblo entero, que recibió al forastero con vivas y agasajos.

El Rey, al ver a su hija salvada, se la entregó al valeroso extranjero, que no era sino un Príncipe que quiso conquistar a la Princesa por el valor.

Se efectuaron las bodas, y el pueblo entero asistió a ellas.

FEDERICO MORALES.
Doce años. Logroño.



A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, nunca con lápiz ni en colores; y si sois tan listos como nosotros nos figuramos y os atrevéis a hacer cuentos, tened cuidado de que no pasen de 40 líneas escritas en una cuartilla.

Los trabajos los mandaréis firmados con vuestro nombre y apellido, indicando el lugar de vuestra residencia y edad.

NOTA.—Los trabajos deben venir acompañados del cupón para «Colaboración infantil».



¡El éxito de PINOCHO!

JUAN PAREDES.
Doce años. Madrid.

Autopianos
"MELODIA"-
"VIRTUOLA"
REPRODUCTORES de los
mas célebres pianistas
del mundo



Pianos-Autopianos
Harmoniums
Virtuola S.A.

Avenida Conde de Peñalver
17 MADRID

CONCURSOS

VIAJE COMPLICADO

Este dibujo representa un plano; como puede verse, contiene casetones, de los cuales unos son campos de trigo, otros son campos de cebada y otros son campos de arroz.

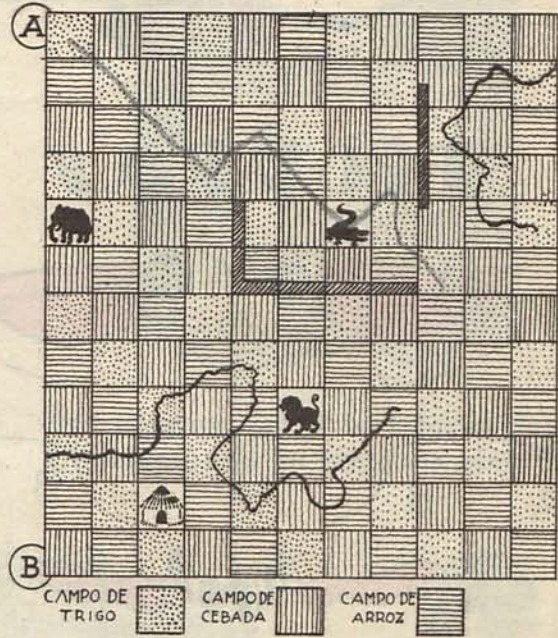
Dos ríos atraviesan estos campos; dos murallas separan algunos de ellos.

Y, por último, en cuatro de estos campos hay un león, un cocodrilo, un elefante y una cabaña.

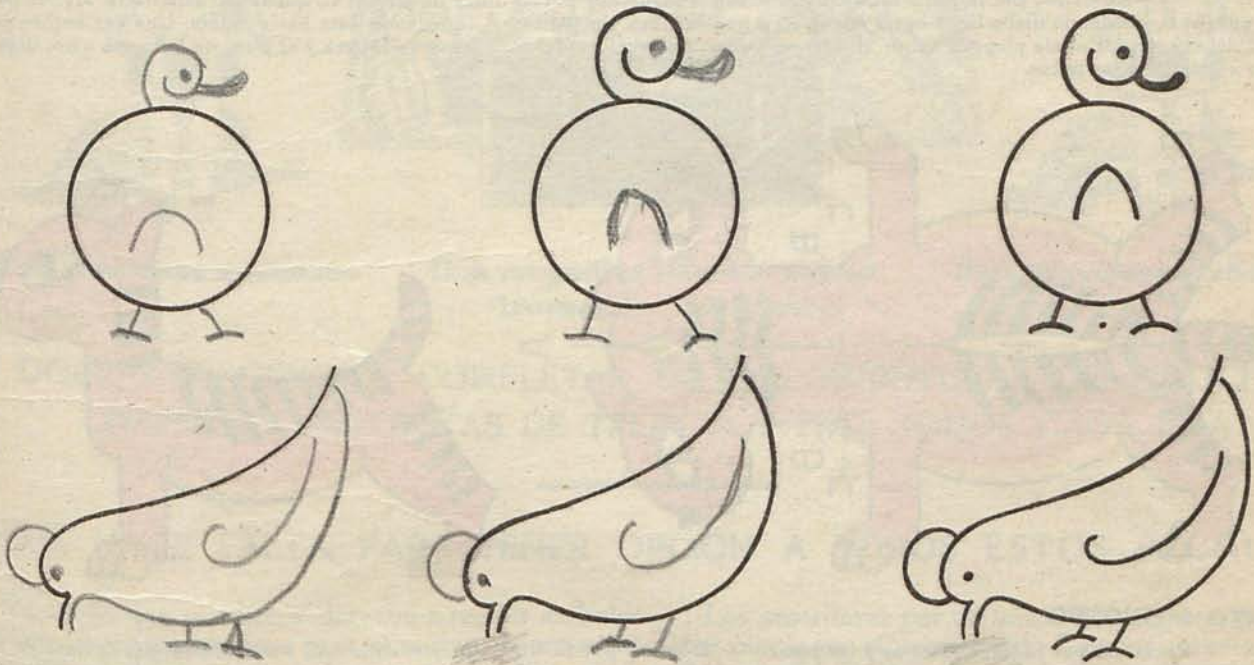
Notad también que en los dos ángulos de la izquierda hay dos círculos.

Ahora bien: se trata de salir del círculo A y llegar al círculo B pasando por los cuatro campos donde están los animales y la cabaña, sin travesar los ríos ni las murallas. En cambio es preciso pasar por el mismo número de campos de trigo, de campos de cebada y de campos de arroz.

En un papel aparte trazad el plano y dibujad con una raya el camino que seguiríais vosotros, y mandádnoslo para optar a los premios de nuestros concursos.



TODOS DIBUJANTES



Si ponéis atención —cosa muy necesaria en los niños listos, como vosotros— veréis qué fácil es aprender a dibujar este patito y esta gallinita. Haced ensayos siguiendo las indicaciones de los modelos, y cuando hayáis conseguido que los dibujos os *salgan* bien, nos los mandáis. Con esto habréis conseguido dos cosas importantes: acostumbraros a dibujar, lo cual es muy bonito, y tener probabilidades de llevaros alguno de los magníficos premios que daremos a los mejores trabajos, y que oportunamente anunciaremos.

DE NUESTRA PRIMERA SERIE DE CONCURSOS

Estamos recibiendo gran número de soluciones de nuestra primera serie de concursos, publicados en los números 1.º, 2.º, 3.º y 4.º de PINOCHO. De esta primera serie admitiremos soluciones hasta el 1.º de mayo, fecha en que, cerrado el plazo de admisión, procederemos al reparto de los estupendos regalos que anunciamos en nuestro número anterior. Seguidamente publicaremos la lista de los agraciados. ¡Buena suerte!

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

CUPÓN 6

◆ ◆ ◆ ◆ Colaboración infantil

¡Ah!, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:
"CONCURSOS PINOCHO"

Ayuntamiento de Madrid

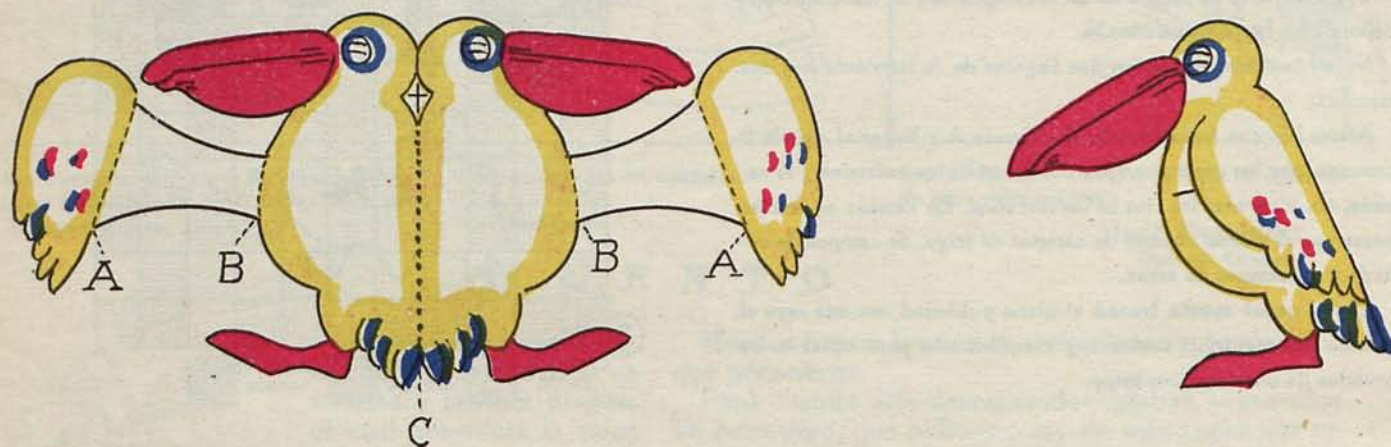
CUPÓN 6

◆ ◆ ◆ Concursos PINOCHO

SECCIÓN RECREATIVA

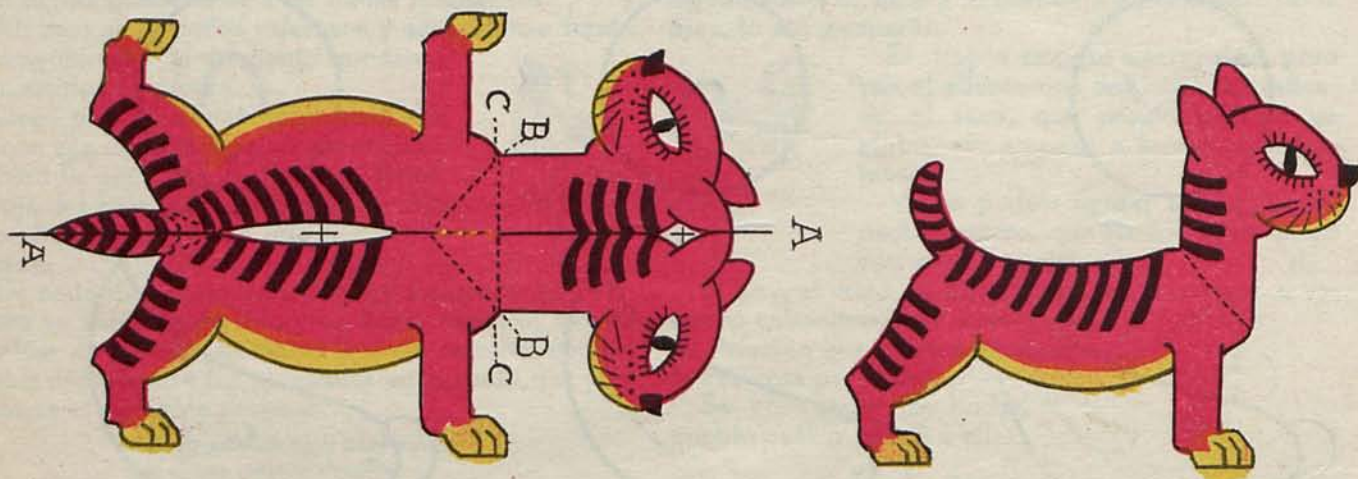


FIGURAS RECORTABLES



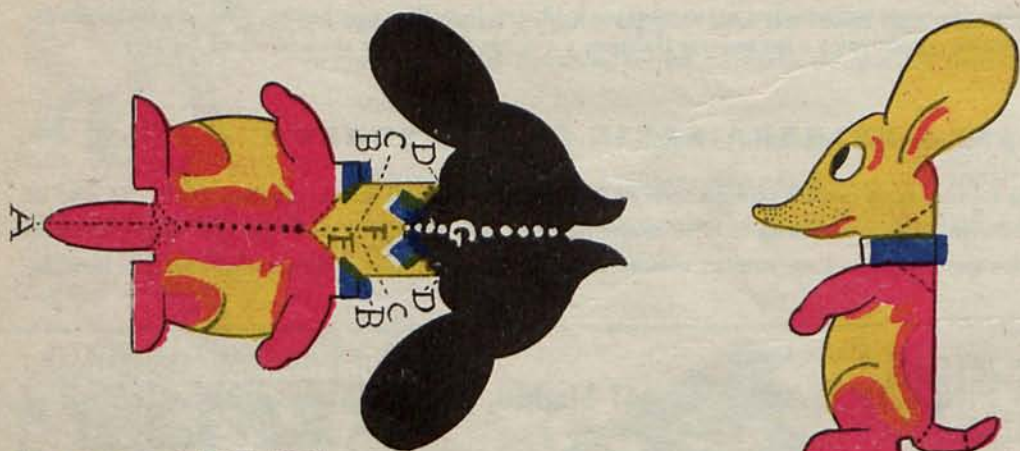
EL PELÍCANO de PINOCHO!

—Recórtese por la línea exterior y el hueco +. Dóblese por la línea de puntos C, quedando ésta hacia afuera; por la línea de puntos B, quedando dicha línea hacia adentro, y por la línea de puntos A, quedando ésta hacia afuera. Una vez hechos estos dobleces, deberá quedar el ala plegada sobre el cuerpo, como indica el modelo. Péguese la cabeza y el pico, un lado con otro, dejando sin pegar el cuerpo y las patas.



EL GATO de PINOCHO!

—Recórtese por la línea exterior y los huecos +. Dóblese por la línea A, quedando ésta hacia afuera; por la línea de puntos C, dejando ésta también hacia afuera; la línea de puntos blancos, hacia adentro, y la de puntos B, también hacia adentro. Péguese la cabeza y el cuello, un lado con otro, dejando el cuerpo y las patas sin pegar. Dóblese el rabo por su línea de puntos de manera que quede hacia arriba, como está en el modelo.



EL PERRO de PINOCHO!

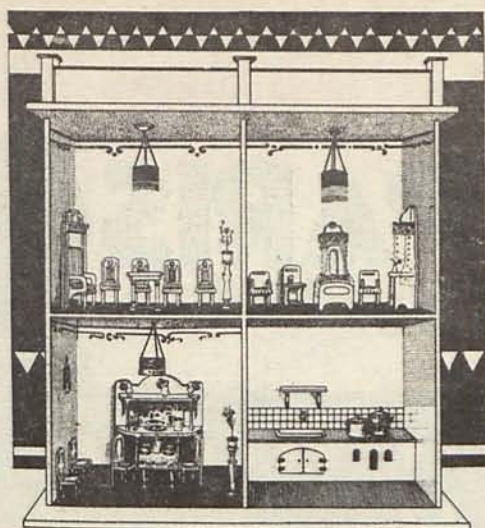
—Recórtese como los anteriores y dóblese por la línea de puntos A, quedando ésta hacia afuera. La línea E, hacia adentro. Las líneas B dóblese hacia afuera. Las líneas C, hacia adentro. La línea F, hacia afuera, y las líneas D, hacia afuera también. La línea G dóblese hacia adentro, pegando toda la superficie negra un lado con otro y el cuello por todos sus dobleces. Déjense sin pegar las manitas y las patas y dóblese el rabo hacia arriba por sus líneas de puntos, para que, al apoyarse sobre él, se tenga de pie.

NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construir estos graciosos animalitos.

Repetimos que es conveniente, para que os vayáis acostumbrando a dibujar y pintar, que en vez de recortar las figuras del periódico las calquéis sobre una cartulina muy flexible o papel grueso. Así, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta llegar a la perfección. Después de recortada y doblada la figura que hagáis, la pintaréis como el modelo a que corresponda.

CONTINÚA LA REPRODUCCIÓN DE JUGUETES PARA EL SORTEO



Dos lindísimas casas de muñecas estupendamente amuebladas.



Dos elegantísimos tocadores de tul y encajes, con su lámpara eléctrica.



Seis preciosas muñecas.

Una magnífica muñeca con su «trousseau» completo.

Seis preciosas muñecas.

Y DOCE COLECCIONES COMPLETAS DE LAS AVENTURAS DE PINOCHO Y CHAPETE, COMPUESTAS DE TREINTA Y TRES TOMOS CADA UNA

¿QUÉ HACE FALTA PARA TENER OPCIÓN A TODOS ESTOS REGALOS?

Ya sabéis que para tener derecho a recibir un boletín con cincuenta números para el sorteo de estos juguetes es preciso:

A. Suscribirse a PINOCHO por un año antes del día 31 de mayo.

B. Reunir entre varios amiguitos cincuenta «Cupones para regalos» recortados de los diferentes números del periódico, mandándolos antes del 31 de mayo, a nombre de un solo lector.

A todos los amigos de Pinocho que cumplan lo que se indica en uno de los apartados A o B se les entregará un boletín con cincuenta números. Los que se hayan suscrito por un semestre pueden ampliar su orden a un año, con lo cual tendrán derecho también a un boletín con cincuenta números para el sorteo de los regalos.

Los amigos de Pinocho que residan en Madrid y deseen suscribirse, deberán mandar una nota escrita con claridad; en la que indiquen nombre y apellido, señas y tiempo de la suscripción (un año o un semestre). El administrador pasará un recibo a domicilio al entregar el primer número. Los suscritores de provincias y de América deberán mandar el importe anticipado en giro postal, cheque, etc.

Los suscritores por un año o los lectores que manden cincuenta «Cupones para Cuentos» tendrán derecho a recibir gratis tres tomos, a su elección, de los Cuentos de Calleja en colores, serie Pinocho-Chapete. Próximamente publicaremos la lista completa de los títulos de esta Colección.

La fecha del sorteo se anunciará oportunamente.

ADVERTENCIA FINAL.—Rogamos a nuestros suscritores, colaboradores y concursantes que tengan paciencia, pues es tal el número de cartas, suscripciones, dibujos y soluciones que nos llegan diariamente, que las personas encargadas de abrir y clasificar las cartas llevan quince días sin descansar, los pobrecitos. A todos se les atenderá, pero rogamos un poquito de paciencia.

LA DIRECCIÓN

Cupón para el sorteo de regalos.

Cupón para cuentos.

GRANDES ALMACENES MADRID-PARIS



Vamos deprisa
Pirula; el director
de los soberbios alma-
cenes **MADRID-PARIS** nos
ha invitado a visitar sus magnificas ins-
talaciones. ¡Veras que maravillas!